

ALEXÉI NAVALNI

**NO
TENGO
MIEDO**

**NO LO,
TENGÁIS
VOSOTROS**



CEU
*Real Instituto Universitario
de Estudios Europeos*
Universidad San Pablo



Alexéi Navalni

No tengo miedo, tampoco lo tengáis vosotros

Traducción de Belén de la Vega Cabrera

*Edición a cargo de Adriano Dell'Asta
y Marta Carletti Dell'Asta*



Título en idioma original: *Io non ho paura, non abbiatene neanche voi*

© Editrice Morcelliana, 2024

© Morcelliana, 2024 por la introducción

© Ediciones Encuentro S. A., Madrid 2025 y Real Instituto de Estudios Europeos

Traducción de Belén de la Vega Cabrera

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección Nuevo Ensayo, n° 155

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Cofás-Madrid

ISBN: 978-84-1339-215-8

Depósito Legal: M-253-2025

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com - info@edicionesencuentro.com

ÍNDICE

QUERÍA SER UN POLÍTICO, HA SIDO UN DISIDENTE	9
Yale	25
Soy el típico creyente postsoviético.....	26
«La sala del tribunal es mi tribuna». Última palabra en el primer juicio del caso «Kirovles»	28
Tweet sobre la condena	31
¡Feliz Pascua!.....	31
Cómo nace un caso político. El proceso «Yves Rocher»	33
¿Es Crimea nuestra?	38
No hace falta mirar fijamente a la mesa. Última palabra en el juicio por el caso «Yves Rocher»	38
¡Feliz Año!.....	43
De nuevo Crimea.....	45
El segundo juicio por el caso «Kirovles». Última palabra	45
Crimea es un «regalo» de Putin.....	49
Sabía que me estaba muriendo. De la entrevista a <i>Der Spiegel</i>	50
Amor y coma.....	52
La política viene a buscarte	53
He decidido volver.....	54

Bienvenido de nuevo, me dice el tribunal.	
Un nuevo juicio por el caso Yves Rocher	55
¡Seguid siendo libres!	60
San Valentín	61
Mi viaje espacial.....	61
Rusia será feliz. Última palabra en el juicio de apelación por el caso Yves Rocher.....	62
Quién humilla a los veteranos.	
Última palabra en el juicio por calumnia	67
Alta cocina	70
La nueva versión de <i>Star Wars</i>	72
Pirata espacial	73
El rey está desnudo.	
Última palabra en el juicio de apelación por calumnia	74
La llegada a la colonia de Pokrov	76
Cada vez más delitos.....	78
Balance de un año	79
Somos extremistas.....	81
Maestros de la mentira.....	82
Pobre censor	83
Feliz cumpleaños sin cristales de por medio.....	85
Momentos de vida.....	85
Celebro mi segunda vida.....	87
Entrevista en <i>The New York Times</i>	88
Probad el voto inteligente	91
La vileza de los gigantes tecnológicos.....	93
Retrato psicológico	94
Estrecho la mano de un sacerdote.....	95
Nariman Osmanov	96
Vivimos a la espera.....	98
Sobre las profesiones carcelarias.....	100
Año Nuevo en prisión.....	102
No cuento los años que están por venir	103

En el primer aniversario de la vuelta a Rusia.	
Una entrevista bajo cuerda a <i>Time</i>	105
La verdad da miedo	111
Intervención en el doble juicio	113
¡Guerra!.....	117
Es el momento de la responsabilidad.....	118
El vuelo va para largo	119
Mi hijo cumple 14 años	121
Bucha.....	122
Mosquitos	123
Aquí nadie respeta a los tribunales.....	124
Putin sube a la cátedra	127
Cumpleaños y felicidad.....	128
Discurso en la Cumbre democrática de Copenhague	129
De nuevo sobre las profesiones espaciales	130
Una vida peligrosa	131
Otra vez sobre el amor	133
Un poco de sindicalismo.....	134
Bromas aparte.....	134
Ha muerto Gorbachov	135
¿Enrolar a los delincuentes para la guerra?	135
Nuevamente contra la movilización	138
Un escalón más abajo	138
Importancia de las botas.....	140
Ataúdes de rebajas	142
Controles selectivos.....	143
Convivir con un vagabundo	144
El psicópata.....	146
¿Cuántos aniversarios aún?.....	148
La última toma de posición sobre Crimea.....	149
No soy el primero, pero me gustaría ser el último.	
Cartas a Sharansky.....	150

Respuesta de Sharansky a Navalni.....	152
Navalni a Sharansky	154
Sharansky a Navalni	155
La última Pascua	156
En la cárcel no se engorda.....	156
Escuchar los discursos de Putin	158
Es mi cumpleaños	160
Conciencia y raciocinio.	
Última palabra en el proceso por extremismo.....	162
El día antes de la sentencia.....	165
El miedo y el odio. Después la condena a 19 años.....	168
La solidaridad no es algo opcional.....	175
La Jornada del preso político.....	178
Mis heroicos abogados	180
En qué creo	181
Llegada al Gran Norte.....	183
La última foto de Año Nuevo	185
Jarp.....	186
Por qué he vuelto	187
La última publicación dos días antes de la muerte	189
He vuelto a leer a Chéjov	190

QUERÍA SER UN POLÍTICO, HA SIDO UN DISIDENTE

Resulta difícil salir del ámbito y de los límites de la política cuando se habla de Alexéi Navalni. En cierto modo, resulta imposible porque toda su vida se ha desarrollado bajo los focos de la política. Sin embargo, si se quiere comprender el significado de esta vida y también de su clave política, es necesario ir más allá de este nivel, cosa que, por otro lado, resulta evidente en cuanto uno trata de identificar las distintas etapas de su fatigoso itinerario, un itinerario, por lo menos inicialmente, lleno también de contradicciones.

Estas contradicciones eran quizá inevitables si se considera que los 20 años de la vida política de Navalni se vieron precedidos por el intento fallido de realizar la transición hacia la democracia de un país que se estaba levantando del vacío del sistema soviético y que, después de los primeros pasos que se dieron con la perestroika de Gorbachov (no es casualidad que Navalni le rindiera un tardío homenaje en agosto de 2022), no había sido capaz de resolver positivamente la alternativa entre la anarquía del último periodo de Yeltsin y la vuelta a un pasado autoritario.

La incompatibilidad, *humana y existencial antes incluso que política*, entre este pasado y la figura de Navalni, con su *inagotable sed de justicia y de verdad*, es realmente la clave de su mismo *destino político*. De hecho, Navalni percibía explícitamente esta sed de justicia no como una exigencia ante todo política, sino como la

consecuencia de la máxima *evangélica*: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque quedarán saciados», pero entendida a su vez no como una exhortación espiritual abstracta, sino como un verdadero «vademécum para la acción». Como diría él mismo en febrero de 2021, puede parecer una idea «bastante exótica, rara, pero en realidad es la idea política más importante que tenemos en Rusia actualmente». Y esta aspiración políticamente «rara» no solo es importante sino, siempre desde un punto de vista político, es también la meta más atractiva y menos ideológica, porque es inmediatamente verificable por cualquiera en la forma de la *felicidad*, esa otra palabra que no es propiamente política, pero que, sin embargo, es como el resumen constantemente repetido de todo aquello por lo que Navalni dice que lucha: «Rusia no debe ser solo libre, sino que debe ser feliz».

1. Un destino político que no es solo político

Nacido el 4 de junio de 1976 en Butyn, en la región de Moscú, una vez terminada la escuela superior Navalni estudia Derecho (entre 1993 y 1998) y después Economía, graduándose en 2001. Pero ya en 2000 se afilia al partido de tendencia liberal y filo-occidental «Jabloko», del que llega a convertirse en uno de sus dirigentes. En 2005 funda el movimiento juvenil DA (siglas en ruso de Alternativa Democrática) y en 2007 abandona «Jabloko». Si el nombre de este movimiento juvenil sugiere ya uno de los factores del compromiso político de Navalni, caracterizado por la capacidad de crear eslóganes y fórmulas efectistas fáciles de recordar, no hay que olvidar sin embargo que, junto a este estilo y a la ironía que lo acompaña siempre como un sello de autor, aparece enseguida la exigencia de dar también a su posición un fundamento legal muy objetivo y técnico. En 2010, Navalni obtiene una beca en la Universidad de Yale, que aprovecha precisamente para estudiar «la legislación antiblanqueo de Estados Unidos y la Unión Europea», para poder utilizarla en esa lucha contra la corrupción que con

el tiempo se convertirá en parte esencial de su actividad política, tanto en la fase inicial como en la final, caracterizada ya por un giro radicalmente democrático, como también en la fase central, marcada todavía por fuertes acentos nacionalistas.

Después de abandonar «Jabloko», el compromiso político de Navalni se distingue por posiciones xenófobas cerradas, con el uso de expresiones fuertes (los migrantes asiáticos son definidos como «cucarachas», otros son denominados con términos aún más duros, incluso vulgares) y por la participación o la defensa (entre 2006 y 2007) de iniciativas decididamente discutibles que después le echarán en cara una y otra vez. Él mismo no lo esconderá y se arrepentirá de ello, recordando en 2022 que, si después de 15 años de actividad política nadie aducía otros motivos de polémica aparte de esos momentos de regresión nacionalista, quería decir por lo menos que desde entonces no había «dicho o hecho más estupideces». A propósito de esto, hay que recordar que, ya en 2012, Navalni relativiza el apoyo a los nacionalistas presentándolo como un intento de crear una amplia coalición que se opusiera al sueño de «reconstruir en Rusia un imperio con formato del siglo XIX», pretensión que contradice la naturaleza del Estado tal como la entiende, es decir, como una estructura que no está llamada a «conquistar la mitad del mundo y a imponer el dominio global», sino a «garantizar a los ciudadanos una vida confortable y digna», con un espíritu que no es tanto de poder, sino de servicio. De hecho, a partir de ese momento se vuelve cada vez más decidido el abandono de las viejas posiciones nacionalistas.

Como momentos significativos de esta evolución se pueden señalar, en 2011, el nacimiento de la Fundación para la Lucha Contra la Corrupción (FBK) y, simultáneamente, la oposición cada vez más clara al partido de Putin, Rusia Unida, definido como una banda de «ladrones y estafadores» cuya corrupción había pasado de ser una cuestión moral a ser una verdadera cuestión ontológica de subsistencia del país mismo, en el que «el 83 % de los recursos nacionales pertenece al 0,5 % de la población». En 2013 participa en las elecciones para la alcaldía de Moscú, con una campaña que

todavía crea polémica contra la presencia no regulada de migrantes, pero con tonos que dejan cada vez más espacio a una idea de servicio, que se especificará posteriormente durante uno de los primeros juicios que Navalni tendrá que sufrir (el asunto Kirovles) cuando, al querer definir los objetivos de su acción, hable de ellos en estos términos: «No quiero hacer nada distinto de ayudar a los habitantes de mi país, de trabajar por mis conciudadanos».

Que esta idea de servicio, así como la sed de justicia de la que hablábamos, ya no tiene orígenes nacionalistas de poco recorrido sino específicamente cristianos, lo recuerda con sutileza el mismo Navalni, sin ostentación, pero con no poca decisión, en 2012, cuando se define como «un típico creyente postsoviético», quizá poco avezado en la «materia», pero siempre dispuesto a «trabajar en ella». Nunca tratará de transformar esta fe que ha conquistado de adulto en una especie de «capital político» útil para procurarse posiciones de privilegio en la sociedad. Desde este punto de vista, su posición es muy clara: el hecho de que la Iglesia ortodoxa rusa esté estrechamente confabulada con el poder es algo que hay que tomarse, irónicamente, «con filosofía», aunque Navalni defina este tema como «doloroso», porque le parece difícil que con estas premisas la Iglesia pueda desarrollar esa función de mediación que en otros tiempos y en otros casos había permitido a algunos dictadores dejar «el poder de forma pacífica». Mientras el nacionalismo estatal de la ideología del «mundo ruso» se va afirmando cada vez más, la posición de Navalni se confirma así en un cristianismo que ya no es etnocéntrico y para el cual incluso la mera idea de una «guerra santa» combatida en nombre de ese mismo cristianismo (y recientemente relanzada en Rusia) le parece fruto de gente para la cual el Evangelio es un «texto desconocido».

En estas condiciones, quedan enseguida atrás las elecciones a alcalde de Moscú, en las que había sido derrotado a pesar de haber conseguido un significativo 27 % de votos, porcentaje probablemente subestimado debido a los fraudes denunciados en vano y que habrían permitido obligar al candidato gubernamental a ir a una segunda vuelta. Paradójicamente, mientras se aleja de las anteriores

motivaciones populistas, Navalni obtiene un éxito cada vez mayor como organizador de manifestaciones de protesta en las que consigue movilizar regularmente a más de 100 000 personas. Y esto acaba atrayendo la atención y la hostilidad del poder. Enseguida empiezan los procesos contra él, con acusaciones cada vez más políticas y cada vez menos creíbles. Después del proceso de 2013 por apropiación indebida (cinco años con la condicional), tiene que hacer frente a otro en 2014 (arrestos domiciliarios). A partir de 2015, su cambio hacia el frente liberal y democrático es ya definitivo y en diciembre de 2016 anuncia que se presentará candidato a las elecciones presidenciales de 2018 y que quiere transformar el régimen presidencial en parlamentario y que quiere promover la entrada de Rusia en la Unión Europea porque, como afirmaría con claridad muchas veces: «Nosotros somos especiales, como cualquier nación, pero somos Europa. Somos Occidente. Nuestra estructura política fundamental debería ser la democracia parlamentaria». En junio de 2017 la Comisión electoral impide su candidatura a causa de las condenas anteriores mientras las protestas producidas por esta decisión provocan numerosos arrestos.

En 2017 publica también el documental sobre la corrupción del primer ministro Dimitri Medvedev, que desencadena grandes manifestaciones en las plazas de todo el país. En 2018, como nueva forma de lucha contra el régimen putinista, lanza el llamado «voto inteligente», según el cual, con tal de derrotar a Rusia Unida, las fuerzas de la oposición deberían concentrarse en un único candidato o partido independientemente de sus diferencias. A pesar de su aparente minimalismo, es una táctica que produce algunos resultados, llevando a las primeras derrotas de los candidatos putinistas. Esto, junto al uso cada vez más extendido de las redes sociales, hace que su persona resulte cada vez más odiosa para el gobierno.

Sin embargo, su acción política directa termina cuando sufre un envenenamiento con Novichok el 20 de agosto de 2020, en el vuelo que lo lleva desde Tomsk a Moscú. Se salva de milagro porque el piloto decide aterrizar y puede ser trasladado a un hospital;

después los médicos (tras rechazar inicialmente su traslado al exterior) ceden ante la insistencia de la familia y puede ser trasladado a Alemania para recibir tratamiento. El 17 de enero de 2021 decide volver a Moscú aunque sabe que le espera un arresto inmediato. Al poco tiempo, su equipo publica en la red un segundo documental sobre la corrupción del mismo Putin con su palacio secreto en el Mar Negro, y al cabo de 24 horas el documental tiene más de 23 millones de visualizaciones.

Una vez que es detenido, sufre tres nuevos juicios —declarados «políticos» e infundados por varias instancias internacionales—. El primero, en febrero de 2021, lo condena a dos años y medio; el segundo, en marzo de 2022, lo condena a 9 años; el último, en agosto de 2023, lo condena a otros 19 años por «extremismo». Él mismo ironiza sobre estos juicios repetidos que hacen de él un «hombre especial», hasta el punto de tener que pronunciar el mismo día dos «últimas palabras». En diciembre se pierde su rastro, hasta que vuelve a aparecer en la colonia penal de máxima seguridad de Jarp, más allá del círculo polar, donde muere a los 47 años el 16 de febrero del 2024, después de 300 días en la celda de aislamiento.

2. Un destino humano

Desde un punto de vista político simplista, el resultado de esta vida parece una derrota, por otro lado casi buscada con un comportamiento aparentemente inexplicable y fuera de toda lógica, pues era evidente, después del envenenamiento fallido, que Navalni sería arrestado inmediatamente en cuanto aterrizara, y por eso muchos pensaron que su vuelta a la patria tenía detrás algún plan secreto. En cambio Navalni siguió repitiendo que no había ni acuerdos secretos ni complots que no habían llegado a buen puerto. Había vuelto, decía, simplemente porque sabía que «debía hacerlo» aunque esa decisión implicara más daños para él que para el régimen putinista. Y sabía que debía hacerlo —precisaba—

no por un sentido del deber abstracto, por un programa político, en nombre de algún ideal como otros o de alguna idea que uno tiene «en la cabeza», sino por fidelidad a su país y a sus propias convicciones que —precisaba también— se distinguen de los sueños y de las fantasías ideológicas solo si valen realmente algo y, por tanto, si uno está verdaderamente dispuesto a «aceptar sacrificios» o, como dice en una publicación un mes antes de su muerte, «al final [después de que siempre había dicho a sus lectores que no los abandonaría], tendrá que aparecer en Rusia alguien que no mienta», alguien que vuelva a hacer que las palabras se correspondan con la realidad.

A pesar de lo paradójica que pudiera parecer la decisión de volver a Rusia, si se sigue la invitación de Navalni a mirar la realidad uno se da cuenta de que esta decisión tiene su lógica, situada evidentemente en un plano distinto del de la política o de las ideas que uno tiene «en la cabeza» y que son solo una réplica tardía de las viejas ideologías que prescindían siempre de la realidad. Obviamente, después de una vida hecha de decisiones dictadas por la indiferencia, cuando no por el utilitarismo o, peor, por el cinismo, se trata de una realidad que no todos consiguen percibir a primera vista o aceptar; pero esta misma realidad se torna evidente si se toma en serio lo que Navalni nos dice explícitamente en una de sus felicitaciones de Pascua, que él define como la fiesta más importante del año y cuyo sentido, como el de su vida personal, no da lugar a ninguna posibilidad de malentendido: «No podemos desesperar y, por muy fatigoso que resulte, vendrá el día en que el mal será derrotado y los hombres le dirán nuevamente riendo: “Entonces, muerte, ¿dónde está tu aguijón? Infierno, ¿dónde está tu victoria?”». Como ya hemos observado, la lógica que Navalni nos muestra al citar el sermón pascual de san Juan Crisóstomo no es la lógica de la política, sino la lógica de una fe por la cual justamente la victoria definitiva nace de la derrota aparentemente más radical. La esperanza, que no es sentimental ni utópica, nace de un viacrucis real; para vencer es necesario el sacrificio y, como dice él mismo, y se lo confirma después en una carta Natan

Sharansky, uno de los representantes del viejo disenso soviético, «por tu libertad tendrás que pagar con la salud, con la inquietud por tu familia y, en última instancia, con la vida».

Y entonces, a pesar de una derrota repetida y que puede durar toda una vida, esta misma vida empieza a tener un sentido, más aún, asume un sentido que nada podrá eliminar nunca: uno puede «*alzar los ojos de la mesa*», como dice Navalni evocando más o menos conscientemente un personaje esbozado por Solzhenitsyn en su libro *Un día en la vida de Iván Denisovich*. Se trata del viejo detenido sin nombre «Ju-81», recordado solo con un número que habría tenido que despersonalizarlo, pero que años de guerra no habían sido capaces de plegar y de privar de su personalidad, hasta el punto de que «entre todas las espaldas encorvadas él se distinguía por su porte erguido» y porque «su cabeza no se inclinaba sobre la escudilla, como la de los demás, sino que *permanecía levantada*».

Considerado a la luz de este acto de enderezar la espalda después de tantos años de indiferencia y de miedo, a la luz de esta mirada más clarividente que la que se queda quieta en el puro interés inmediato, el mundo de los disidentes que acabamos de recordar ofrece algo más que meras referencias a relaciones epistolares o a reminiscencias literarias ligadas a Navalni. En cierto sentido, de hecho, su destino se presenta como una especie de resumen de todo lo que permitió a la disidencia minar seriamente un régimen como el soviético, que parecía entonces invencible y que sin embargo llegó a su fin tras un colapso clamoroso. El corazón de este fenómeno histórico, lo que lo caracterizó y volvió capaz de esta victoria (cuyo sentido todavía no ha sido comprendido a fondo por Occidente) fue la oposición no ideológica a la tentación sistémica del totalitarismo, tentación *sistémica* en el sentido de que fundó un *sistema* (el totalitarismo), que fue tal en cuanto que tuvo la pretensión de tocar a toda la sociedad; *tentación* sin embargo que, como todas las tentaciones, siguió siendo en todo momento una cuestión personal, es decir, una elección posible solo si cada sujeto individual se adhería a ella. Por otro lado, como toda

tentación ideológica, *no podía* ser vencida de una vez por todas con una nueva ideología, sino que cada vez *tenía* que ser vencida de nuevo con una decisión que era la adhesión personal a una verdad concreta por la cual uno estaba dispuesto a dar la vida.

Pues bien, lo que identificamos en el testimonio de Navalni como móvil de toda su actividad es exactamente este tipo de decisión, en primer lugar *personal* (y ejercida prescindiendo de lo que podían ser sus resultados inmediatos). Determinada por la adhesión de la persona a la realidad, se trata de una decisión no política o ideológica, sino moral, sin que esto implique sin embargo un intimismo alejado de la vida y del compromiso concreto que la misma vida reclama porque, como dice el mismo Navalni, «la decisión moral es hoy más importante que la decisión ideológica o política» y puede ser incluso una decisión sin esperanza, pero sigue siendo en cualquier caso el único paso que lleva a la victoria aunque esta no sea inmediata, porque «sin acciones moralmente justas pero desesperadas no puede haber acciones victoriosas y alentadoras. Sin las personas que se atreven a lo imposible no puede haber personas prudentes que recorran los caminos ya hollados». La decisión moral implica, por tanto, un riesgo y es fruto de una libertad que no se deja determinar nunca por ningún cálculo, como dice Navalni, poniendo esta verdad en boca del que podría presentarse como un gran filósofo, pero que en realidad es solo Ricky Sánchez, protagonista de una serie de dibujos: «La vida implica un riesgo. Y si no corres riesgos eres solo un insulso conglomerado de moléculas ensambladas de forma casual, que flota por el universo», donde la ligereza y la ironía con que se enuncia el tema del riesgo no deben hacernos olvidar, más aún, hacen resaltar por contraste, el hecho de que el riesgo del que se habla es siempre el de la vida. Y Navalni no habla de él en los términos de una cuestión académica que se afronta estando cómodamente sentados en un lugar caliente y seguro, sino mientras experimenta una práctica de tortura cotidiana ejercida en condiciones que ya de por sí están siempre al límite de lo soportable. Basta con pensar que uno de los últimos intercambios de frases entre Navalni y uno de sus jueces se

produjo algunas horas antes de su muerte, mientras la temperatura exterior de esos días oscilaba constantemente entre los 20 y los 30° bajo cero.

Para Navalni, el fundamento de este paso de naturaleza moral, tal como se había producido en los tiempos del disenso, es la certeza de la existencia de una justicia y de una verdad absolutas con las que hacer cuentas, una vez más, sin moralismos y sin pretensiones excesivas que no estarían al alcance de todos sino, al menos, con el compromiso de no contribuir conscientemente a la mentira, «o quizá no sostenerla, para no empeorar el mundo a nuestro alrededor». La vida, por tanto, tiene sentido para Navalni únicamente si se hace algo justo o si uno se libera de la mentira que se ha convertido incluso en «el mecanismo que hace caminar al Estado», transformándolo en una asociación para delinquir. Mientras que «vivir sin mentira» (según una expresión que no por casualidad había lanzado Solzhenitsyn en uno de sus documentos más famosos) es la «única receta» para superar el nuevo sistema totalitario, y se convierte incluso en un verdadero programa político, que además está dotado de una fuerza enorme, visto que «hace enloquecer al abuelo» (o «al abuelo en el búnker», como acostumbraba Navalni a llamar despectivamente a Putin para subrayar su soledad autorreferencial).

Verdad y justicia, según una tradición que en este caso se remonta no solo al disenso, sino incluso a la filosofía religiosa rusa prerrevolucionaria, van siempre acompañadas de la belleza; esta es la fuente de otra de las ideas más repetidas por Navalni: es necesario contribuir a que se vuelva hermosa la vida que ha sido desfigurada por el poder. Y la Rusia del futuro será «preciosa», según una convicción en la que resulta cada vez más evidente el carácter no político de lo que, al mismo tiempo, es más radicalmente político y más intolerable para Putin y los suyos. De hecho, ellos temen la verdad y la belleza igual que los vampiros temen la luz del sol. Como tienen una necesidad física de mentir para no caer «rápidamente en un terrible y doloroso estado de abstinencia», así también deben exhibir una vulgaridad y una violencia sin límites

para sentirse realizados. Lo hemos visto en las crónicas de estos años y en la ostentación de las torturas infligidas a los presuntos autores del atentado en la Crocus City Hall del 22 de marzo de 2024. Navalni lo subrayaba en los textos que presentamos, hablando de las «torturas fascistas inhumanas» que caracterizan la vida «normal» de las prisiones rusas y denunciando la vulgaridad que constituye el trasfondo de la lengua putinista con su búsqueda de los terroristas hasta «en el agujero del retrete» (expresión que Putin había utilizado al comienzo de la segunda guerra chechena) y sus chistes obscenos que, una vez más, Navalni evoca puntual e irónicamente (y que habían sido exhibidos por Putin incluso durante una conferencia de prensa con el presidente Macron).

La fuerza y la claridad de estas tomas de posición no deben hacernos pensar en Navalni como una especie de santo o héroe sin mancha y sin miedo, no solo porque, como ya hemos visto, su evolución política y personal ha conocido también momentos y posiciones no siempre aceptables, sino también porque, a través de ella, podemos percibir un elemento todavía más interesante y estimulante de su destino. Aunque Navalni ha demostrado una fe y una valentía a menudo ejemplares, no ha sido ni un héroe ni un santo, sino un hombre vivo que, como cualquier hombre vivo, cambia y que, precisamente en la posibilidad del cambio personal, capta una de las posibilidades de la lucha política tal como él la concibe y tal como puede proponerse a cualquiera, creyente o no creyente, audaz o siempre inseguro: el sistema puede permanecer intacto y vencer, pero en su lucha por la libertad, por la justicia, por la verdad y por la belleza es el mismo hombre quien cambia, luchando no por sí mismo sino por su mujer y sus hijos: «Los cumpleaños de mis hijos son los momentos en los que percibo de forma más clara el motivo por el que estoy en prisión. Debemos construir la preciosa Rusia del futuro, que será la suya». De este modo, prescindiendo de lo que podría ser el resultado de cualquier acción, prescindiendo de los efectos que podría tener o no en la superficie de los eventos históricos, lo que cuenta para Navalni es su cambio personal, la victoria de la persona en su irreductibilidad



RAÍCES DE EUROPA nº 17

Este libro reúne un conjunto de reflexiones públicas y privadas de Alexéi Navalni, el político ruso fallecido el 16 de febrero de 2024 en las cárceles siberianas de Putin. Desde entrevistas concedidas a *Der Spiegel*, *Time* y *The New York Times* a intervenciones pronunciadas en las salas de tribunales durante innumerables juicios; desde cartas escritas en la cárcel a publicaciones en diversas redes sociales, estos escritos dan cuenta de la maduración política y espiritual de Navalni. Una trayectoria que abarca el nacionalismo inicial del que surgió a la lucha por la democracia liberal y contra la corrupción, y desemboca en los últimos y dramáticos años de prisión, donde emerge la figura de un disidente de una profundidad sorprendente: un hombre dispuesto a morir por sus convicciones, por lo que cree, a favor de la libertad, la verdad y la belleza futura de Rusia. Un camino de conciencia libre, contra el miedo y el odio materializados en los regímenes totalitarios.



Depósito Legal: M-253-2025



ISBN: 978-84-1339-215-8



9 788413 392158